

Hacia un concepto de topofilia en *La Torre de Cubos* y en *Un pueblo dibujado* de Laura Devetach

Días Leal, Mónica Analía (Instituto Canossiano San José)

¿Hacer imprevisible la palabra no es un aprendizaje de la libertad? ¿Qué hechizo tiene para la imaginación poética el evadirse de las censuras!
Gastón Bachelard. *La Poética del Espacio*.

“*Mi tren es amarillo y rojo*”... El primer cuento con el que se abre *La torre de cubos* de Laura Devetach, nos invita a subirnos a ese tren para transitar un mundo y todos los mundos posibles. Cada objeto que aparece nos sumerge en ese universo creado por Laurita en el que para los adultos no hay lugar... ¡Tenía tantos papeles en su portafolios, papá! ¡Y hablaba siempre de cosas tan serias!... Papá estaba muy poco en casa.” (Devetach. *La torre de cubos*., p. 23).

Y así el personaje protagónico construye su torre con cubos y descubre a través de una pequeña ventanita que existen otros personajes como los caperuzos que forman su familia de otra manera. En el que cada integrante de la familia tiene roles que cumplir y los viven con mucha alegría. Sin darse cuenta se establece una comparación, un “espacio en blanco” en la lectura que es repuesto por el lector: “qué lindo sería si mi casa fuera así”. En la voz narradora de Laurita: “Le diría a papá que de vez en cuando secasen los platos, hiciesen tortas morenas cubiertas de azúcar y echasen a mamá de la cocina, para luego darle una sorpresa...” (Devetach. *La torre de cubos*, p. 23).

Según Bachelard en *La poética del espacio*: la casa es un cuerpo de imágenes que dan al hombre razones o ilusiones de estabilidad (48). Laurita arma su torre y se introduce en ella a través de la mirada, “espiando por el agujerito” (Devetach. *La torre de cubos*. p.14) y ve un mundo distinto al suyo. Una cabra le saca la lengua, hay colinas azules, duraznos en flor, montañitas de colores, casitas con chime-

neas y un pueblo de caperuzos que defienden la vida de aquellos que son agredidos y son la voz de los burlados e ignorados: “Defendemos a los negros, cuando los blancos los desprecian... Negro, negro –así les decimos-, hay que trabajar y aprender y enseñar hasta que cada brizna del campo reconozca tu buen cuerpo brillante como una manzana” (Devetach. La torre de cubos p.19) También el blanco nos oye... El laberinto de su oreja es un tobogán para nosotros, para que podamos caer dentro de su cabeza clara. “blanco, blanco –les decimos-, que el fino papel que te envuelve no te diferencie de otro hombre. El pan en que hincas tu diente es igual al del otro” (Devetach. La torre de cubos, p. 20)

Con qué fuerza se ofrecen estas palabras al lector quien ya está dentro de una torre de cubos reflexionando sobre un mundo en el que hay pequeños héroes con caperuzas de distintos colores que ofrecen su vida hecha palabra en defensa de los más necesitados.

A través de este trabajo queremos examinar imágenes muy sencillas, las imágenes del espacio feliz. Esta idea es definida por el filósofo Gastón Bachelard como topofilia (La Poética del espacio. p. 28). La definición que se ofrece nos indica que la topofilia aspira a determinar el valor humano de los aspectos de posesión, de los espacios defendidos contra fuerzas adversas, de los espacios amados. Y señala la voz narradora en la torre de cubos: Irene se sentía feliz allí (p. 22). Si rastreamos el campo semántico de este cuento, veremos que se denomina a los objetos haciendo uso del diminutivo: la ventana chiquita, cubitos, cabrita, casitas, botecitos y hasta el mismo nombre del personaje principal “Laurita”. Frente a esta situación, una vez más recorreremos las páginas de la poética del espacio para encontrar el análisis referido al uso de las “miniaturas”. Y dice Bachelard que la miniatura literaria -es decir, el conjunto de las imágenes literarias que comentan las inversiones en la perspectiva de las grandezas- estimula los valores profundos. Y es aquí que como lectores buscamos la grandeza de este cuento y Laurita nos lleva hasta su mundo para aleccionarnos sobre la importancia de la mirada hacia lo pequeño, hacia lo que no se ve,

hacia lo que no se puede alcanzar con una mano. Ni siquiera comprarlo ya que está en ese universo diseñado por el niño, en ese tiempo mágico que es la infancia al que no se puede volver sino a través de la literatura y la memoria. De esta manera, por medio de estos pequeños personajes accedemos a una experiencia nueva y renovada que es la de topofilia.

Después de la observación e ilustración que Laurita hace de este idílico mundo del que está participando por medio de su imaginación y luego de haber recorrido las páginas haciendo uso de una gran cantidad de adjetivos que llenan de color y viveza al texto; el personaje principal decide regresar a su casa. La está esperando su mamá con deliciosas frutas, allí ella contará esta experiencia a su familia e intentará convencerlos de que se puede vivir como en el Pueblo Caperuzo, en el que hay libertad de acción y todos son parte de la historia, en el que son todos iguales y se solidarizan con aquellos a quienes no se tiene en cuenta: estaba segura de que, si se lo proponía, su casa sería muy pronto una casa de caperuzos. (Devetach, Laura. La torre de cubos. p. 24)

En un pueblo dibujado la voz narradora nos lleva hasta la casa de Laurita a quien encontramos en compañía de su gato Humo, dibujando con una tiza que encontró en la calle, un cascote o un carbón (p.86). Este pequeño personaje añora tener esos brillantes lápices de aceite que tenían algunos chicos (p.85). El uso aquí de la sinestesia es el recurso literario con el que la narradora comienza su juego: el rojo tenía gusto a frutilla, el verde, a menta; el marrón a chocolate; y el amarillo a limón (p. 86)

El personaje principal se propone dibujar un pueblo grande, sin colores, pero grande. Los colores habrá que imaginárselos, se lo dice a Humo quien es su fiel compañero en la historia y en la vida. Una vez más, los adultos no tenemos tiempo para los niños: papá y mamá ya dormían. Ellos venían cansados de trabajar. ... El dibujo está lindo, -le dijo su mamá- pero no rayes tanto las paredes...” (Devetach, Laura.

Un pueblo dibujado. p. 90) Y así en una cama que está ubicada en la cocina porque no hay más lugar, esa noche ve que se enciende una lucecita de una de las casitas de su pueblo dibujado. Y con un solo golpecito en la puerta Laurita y el lector ya están adentro de esta casa dibujada por la niña que está adentro de su casa. Este recurso de incluir un objeto dentro de otro objeto nos recuerda a la estrategia metaficcional denominada “mise en abyme”. En este trabajo queremos focalizar la “puesta en abismo” desde la concepción de este recurso tomando como cita bibliográfica el aporte que hace la doctora Helena Beristáin³⁵ quien señala que la raíz común de todas las puestas en abismo es la noción de reflectividad, esto es que el espacio reflejado mantiene una relación con su reflejo por similitud, semejanza o contraste. A través de la inmersión por parte del personaje principal y del lector en el espacio físico del pueblo de los monigotes, también se manifiesta la comparación y confrontación entre los mundos de los que intervienen: Laurita, lector y caperuzos. La descripción de la forma de vida de los caperuzos genera el contraste con el ritmo doméstico del personaje principal.

Laurita se encuentra allí con una monigota que está muy enojada y que no puede pronunciar palabras solamente hace gestos y produce sonidos onomatopéyicos. En este encuentro que se produce entre la creadora de la casa y los habitantes del pueblo descubrimos que el enojo radica en que Laurita ha dibujado a este pueblo bajo la lluvia. A través de la palabra, del acercamiento Laurita vislumbra qué necesitan los habitantes de este pueblo para ser felices. Es en ese momento cuando Laurita descubre con gran asombro que uno de los monigotes se ha escapado del pueblo en busca de fideos de letras con los que ella debía hacer la sopa para mamá y papá. El monigote carga una serie de letras, las coloca en una bolsita azul y corre hacia su pueblo. Nuevamente, vemos cómo en un objeto pequeño “una

³⁵(1) “Enclaves, encastres, traslapes, espejos, dilataciones (la seducción de los abismos)”, Acta Poética, 14-15, UNAM, 1993-94, p. 37.

(2) Ibid

bolsita” se guardan, se atesoran palabras.

A través del uso de las letras estos monigotes comenzarán una relación diferente con Laurita. Y en este momento del relato, como lectores asistimos al proceso inverso: un monigote pequeño ha decidido salir de su casa e instalarse en la de Laurita para agradecer, jugar, cantar y por qué no pedirle que siga dibujando lugares bonitos para su pueblo de monigotes: “-¡Ahora podemos hablar! ¡Ahora podemos hablar!- gritaron todos con sus vocecitas de diez mil grillos”. (p. 104). El cuento se cierra mostrando que el lenguaje, el diálogo, el encuentro más allá de las diferencias; libera y genera cambios en la vida de una comunidad.

El espacio físico un tobogán hacia el universo interior del lector

“Haré una torre inmensa como una víbora parada con la cola”

Nuestra identidad se forja a partir de las experiencias que vivimos y las lecturas que realizamos van marcando nuestra interioridad y nuestra cosmovisión del mundo. El texto literario es creador de universos que se erigen como construcciones culturales. Umberto Eco³⁶ habla de “modelos de mundo” y del “mundo posible”. Por esta razón es importante aprehender la realidad y en consecuencia describir el mundo circundante en su totalidad.

El mundo creado siempre tiene detrás al escritor, que tal y como Lotman y la escuela de Tartu afirman escribe en unas coordenadas espacio-temporales determinadas. El lector del texto literario, -visto desde esta perspectiva- es un ser activo que participa y colabora en la construcción del significado del texto.

Al abordar el análisis de los cuentos *La torre de cubos* y *El pueblo dibujado* observamos que ambas narraciones plantean el espacio físico como el tobogán por el cual el lector asciende al mundo de la imaginación y desde allí desciende para sumergirse en el significado

³⁶Eco, U. (2001) “Autor y lector modelo”, Sullé, E., *Teoría de la novela. Antología textos del siglo XX*, Barcelona, Crítica, p. 242.

último de los objetos con los cuales el narrador reconstruye la realidad. Si establecemos un juego de similitudes veremos que en los dos relatos ingresamos a otros mundos por una ventanita, ambos pueblos son felices, los habitantes viven en familia y tienen proyectos. Los dos textos seleccionados para realizar este análisis cierran sus historias apelando y arengando sobre la finalidad del lenguaje como mecanismo de encuentro y liberación. Es la bisagra que coadyuva a la conformación de una comunidad.

Como lectores críticos -según la terminología de Umberto Eco-, ingresamos al primer cuento a través de la abertura de una ventana que hay en la torre de cubos. Buceando en el Diccionario de Símbolos³⁷ encontramos que la torre es signo determinante que expresa la elevación de algo, o la acción de elevarse por encima de la norma vital o social. La definición continúa para indicar que la torre es sinónimo de escala entre la tierra y el cielo, también se la describe como símbolo transformación y evolución. Su impulso ascensional iría acompañado de un ahondamiento; a mayor altura, más profundidad de cimientos (p. 450). A medida que el lector se sumerge en el mundo creado por la imaginación de Laurita se produce un proceso de introspección en el que los planteos que se hacen se muestran como una especie de denuncia hacia el mundo exterior. Dentro de la torre que además es de cubos se describe a una sociedad diferente a la que vive el personaje principal. El Cubo: simboliza la tierra -según Cirlot-. Ofrece la imagen de lo estable. Por esta causa el cubo aparece en muchas alegorías que expresan Virtudes en relación con la idea de solidez y permanencia. (450). La lectura se condensa aún más y lo que parecía un cuento para niños genera en el lector adulto una serie de interrogante. Hay una confrontación entre el adentro de la casa, de la torre y el mundo exterior: ¿qué está pasando en el mundo de los adultos que algunos valores y virtudes se están perdiendo?

La simbología de la casa muestra su importancia a través de la fuerte

³⁷*Diccionario de símbolos*. Cirlot, Juan Eduardo (1997). Madrid, Siruela.

identificación entre casa y cuerpo y pensamientos humanos (o vida humana). En los dos cuentos citados, el personaje principal desde su lugar que es su casa “crea” otros espacios cerrados como una torre o una casa en el que los personajes manifiestan lo que sienten y lo que piensan. No están alejados de la maldad sino que proponen acciones de cambios. Por medio de la palabra son seres libres.

En el pueblo dibujado, Laurita percibe el mundo y lo recrea en y desde la cocina. En el Diccionario de símbolos, se describe a este sitio como el lugar donde se transforman los alimentos. También se puede significar el lugar o el momento de una transformación psíquica (p. 127) Los personajes cobran vida y sorprenden a su “creadora” pidiéndole que dibuje otros objetos que les permitan vivir de otra manera: un barco, marineros, una playa con caracoles. Y así, mientras se van cerrando estas historias asistimos a la transformación de Laurita y de sus lectores.

Este libro de cuentos nos sumerge en un universo mágico. Pero a la vez, nos invita a adentrarnos a la casa, a la cocina de nuestra sociedad. Jugando entre la realidad y la ficción creemos fielmente que los caperuzos o los monigotes creados por la imaginación de una niña tienen algo que decirnos. Y en esto radica la excelencia del texto. Afuera de la torre, de la casa y de la casa de Laurita, el mundo está convulsionado. Y es la voz de una niña la que nos genera un puente con el mundo maravilloso que como adultos añoramos. Como reflexión final cabe el siguiente comentario de Alexander Solzhenitsin en su discurso de agradecimiento por el Premio Nóbel de Literatura, que se le concedió en 1970: “Hay cosas que nos llevan más allá del mundo de las palabras; es como el espejito (diría también Alicia mirándose en el espejo inventado por Lewis Carroll) de los cuentos de hadas: se mira uno en él y lo que ve no es uno mismo. Por un instante vislumbramos lo inaccesible, por lo que clama el alma”.

A modo de conclusión: El poder creador de la palabra

Hemos realizado una lectura del texto partiendo de la observación de las historias que se relatan y de los objetos que nos insertan en el

mundo de la imaginación y de la fantasía con el fin de desmitificar la idea que se suele tener acerca de que existe una literatura para niños. A través del abordaje realizado nos animamos a postular que el libro de cuentos *La torre de cubos* pertenece a la literatura que marcó a una sociedad en un determinado tiempo y espacio y que hoy nuevamente se hace vigente porque los valores que postula no han caducado. Lo esencial al ser humano se hace presente a través de estos cuentos y muestra la pervivencia de los mismos en estos tiempos. Se puede salir de la tristeza, del desaliento, de la indiferencia a través de la literatura, a través de la ficción.

En un mundo en el que ya no hay tiempos, en el que se espera la respuesta sería del adulto, en el que no hay lugar para las pequeñeces de los niños, es la literatura, la ficción la que salva.

Frente a la pobreza, al dolor y a la indiferencia es la palabra la que recrea el mundo. Ante la adversidad de un mundo deshumanizado, la voz de una niña, su mirada inquieta, el arrebato, es el puente que nos permite sortear los obstáculos de la comunicación.

El gran interrogante radica en cómo generar una puesta en marcha de otros movimientos sociales que prioricen y privilegien el buen uso del lenguaje. En cómo construir una sociedad en la cual no haya excluidos ni marginados. Donde la violencia no esté presentada como el menú del día, donde la comunicación se establezca sin los reparos de los prejuicios, donde verdaderamente el tú y el yo confluyan en un nosotros.

La autora del libro hace aquí lo mismo que el niño que juega: crea un mundo fantástico y lo toma muy en serio; esto es, se siente íntimamente ligado a él, aunque sin dejar de diferenciarlo resueltamente de la realidad. Y en este juego dialéctico el espacio permite la recreación y la confrontación con una realidad que es adversa pero nos ofrece una mirada esperanzada. Depende de nuestra manera de observar y actuar en el universo que nos rodea.

El espacio, el tiempo, los objetos pequeños, nos invitan a revivir las palabras tan conocidas de Saint-Exupéry en el *Principito* “no se ve bien sino con el corazón, lo esencial es invisible a los ojos”.

Bibliografía:

Bachelard, Gastón (1994). La Poética del espacio. Madrid. Fondo de Cultura Económica.

Barthes, Roland (1974). El Placer del texto. México. Siglo Veintiuno.

Blake, Cristina y Sardi, Valeria. (2010). Literatura argentina e infancia: Un caleidoscopio de poéticas. "Colección Poéticas de la literatura argentina para niños. La Plata. Vuelta a Casa.

Cirlot, Juan Eduardo (1997). Diccionario de símbolos. Madrid, Siruela.

Devetach, Laura (2010). La torre de cubos. Buenos Aires. Alfaguara.

Devetach, Laura (2010). La plaza del piolín. Buenos Aires. Alfaguara.

Devetach, Laura (2006). "Primer cubo: algunas ideas sobre La torre de cubos" en Imaginaria, n° 176. Disponible en <http://www.imaginaria.com.ar/17/6/la-torre-de-cubos.htm#4>

Eco, Umberto (1979). Léctor in Fábula. Barcelona, Lumen.

Eco, Umberto (1992). Los límites de la Interpretación. Barcelona. Lumen.